

agrandado. La sinfonía en sol menor de Mozart, es el descubrimiento de un nuevo mundo en música.

»Mozart fué el más grande pianista de su tiempo en Alemania. Fué el fundador de la escuela de Viena, continuada por Beethoven, Woelfl y Hummel. Su ejecución se hacía notar por una grande precisión, y por un estilo á la vez elegante y expresivo. Cuando Clementi hizo su primer viaje á Viena, en 1787, se estableció entre los dos artistas una lucha de talento, en la cual, ni uno ni otro fueron vencidos, porque los dos brillaban por cualidades diferentes. Esta rivalidad no degeneró en modo alguno en odio, como sucede muy á menudo en tales casos; Mozart habla de Clementi en sus cartas con alta estima y con amistad...»

Hombre tan eminente como Mozart, se comprende que haya sido juzgado con pasión y que se haya intentado rebajar su mérito, que la envidia no ataca nunca, sino á las más altas reputaciones, así se le ha querido comparar con Beethoven, y esto, «en cierto tiempo se hizo,—dice Fetis,—para colocarle en un rango inferior; pero el sentimiento universal hizo bien pronto justicia de este error. Siempre nos exponemos á engañarnos al querer comparar talentos que brillan por cualidades diferentes. Beethoven, áun cuando no tuvo la abundancia melódica de Mozart, su primer modelo; bien que sus inspiraciones dejen entrever siempre el trabajo, mientras que las de su predecesor son siempre espontáneas; bien que no haya tenido su universalidad, ni su inagotable variedad; bien que tuviera más vehemencia que sentimiento; en fin, bien que el gusto le falte á menudo, y no supiera como Mozart, contener su pensamiento dentro de límites justos y decir mucho en pocas frases, Beethoven, por el genio de grandeza que Dios había puesto en su alma, por el atrevimiento de sus determinaciones, por su arte admirable en presentar el tema principal bajo mil formas diferentes, siempre originales, por lo inesperado de los episodios, por la plenitud armoniosa de su instrumentación, y por decirlo en una palabra, por el carácter eminentemente poético de sus obras, es después de Mozart, el más grande compositor de los últimos tiempos. Su genio es especial; es el de la música instrumental. En otros géneros es inferior á sí mismo, y sobre todo á su modelo. Es el estilo propio de esta música que se revela en todo lo que él hace; se puede hasta decir que el carácter de su pensamiento pertenece, sobre todo, al talento de la sinfonía, pues sus sonatas de piano, sus trios, sus conciertos, son sinfonías. Es el mismo genio que

brilla en las bellas páginas de *Fidelio*; cuando no es esto, la obra es débil, como el *Cristo en el monte de los olivos*. Añadamos una última diferencia esencial que existe entre esos dos grandes artistas: Mozart fué haciéndose cada vez más grande hasta sus últimos días; los últimos once años de su vida son en los que produjo obras más grandes y más perfectas; mientras que, en sus transformaciones, el talento de Beethoven se oscurece y disminuye. Si Mozart, muerto á los treinta y seis años, hubiese vivido diez ó doce años más, Dios sólo sabe lo que hubiera producido en su marcha ascendente. Beethoven, por lo contrario, declinaba cuando descendió á la tumba.»

¿Y por qué declinaba Beethoven que falleció casi viejo, á los cincuenta y siete años? Fetis, que lo ha dicho, no debía olvidarlo en su paralelo con Mozart. —«La desgracia de una enfermedad de la que más que otro hubiera de haber estado al abrigo. Le alcanzó antes de cumplir los treinta años; y el mal agravándose de año en año, llegó á un tan alto grado de intensidad, que, hacia el fin de su vida, la potencia sonora de una gran orquesta no llegaba á él...»

Un músico atacado de sordera no parece que puede compararse con un pintor cuyo iris se descolorease. Un hombre que durante veintisiete años ha de estar haciendo inmensos esfuerzos de imaginación para comprender efectos que su oído no distingue, ha de ser un hombre asesino de su fantasía, un verdadero suicida, pero un suicida de una nueva especie, pues se mata lentamente. Si el artista, como todos los hombres, se forma juzgando con imparcialidad sus obras, tanto como juzgando y apreciando las ajenas, ¿cómo Beethoven podía formarse si le faltaba el órgano del trabajo musical, el órgano de relación? Los efectos de sonoridad y de combinación de los instrumentos se necesita sentirlos para juzgarlos, y si el talento y el genio del compositor llega á suplirlos, es cuando su oído educado ha llevado al cerebro una orquesta invisible que el compositor pone en movimiento para ensayar sus combinaciones.

Luégo la vida triste, precaria, casi miserable del gran Beethoven explica muchas de sus deficiencias, no su deficiencia genial que es cosa muy distinta y lo que confundió Fetis. Dice éste:

«Sus medios de existencia fueron siempre precarios,» pero no había de añadir, «que él, como Haydn y Mozart no participó nunca de las larguezas de la familia imperial, pues, sobre no ser exacto, se sabe que Haydn no pasó en situación precaria más que los primeros años de su vida, y que Mozart sino se

hizo rico, y tuvo contratiempos atroces, esto fué momentáneo y no un estado permanente como sucedió con Beethoven ó poco menos. Más aún, Beethoven, «no obtuvo nunca empleo alguno, y sus primeras cincuenta obras le fueron pagadas por sus editores á vil precio. Así vivió casi siempre apurado. Los últimos diez años de su vida fueron para él muy amargos.» En fin, cuando un hombre escribe: «Esta sonata,—obra 106,—se ha escrito en circunstancias bien penosas, pues es triste verse obligado á escribir para tener pan, y á esto me veo reducido,» cuando un hombre de genio, un hombre reconocido por tal, lleva sobre la producción, sobre la obra del hombre apurado por la miseria, el juicio que merece la tranquilidad, dulce, pacífica y larga existencia de Haydn, es negarse á la evidencia y á la realidad de las cosas. La necesidad aguza el ingenio; pero la miseria lo corrompe, lo debilita y lo mata. Beethoven, declinaba, pues, al compás de su enfermedad y de sus apuros para vivir, apuros que aumentaron sus grandes desgracias de familia, de las que llevaba la carga y la responsabilidad por la magnanimidad de su corazón.

Beethoven nació en Bonn á orillas del Rin en el año 1770 ó en 1772, que en esto no hay seguridad. Los primeros rudimentos de música se los dió su padre á la edad de cinco años, tenor de la capilla de Colonia, y como Beethoven una vez vencida la repugnancia que parecía sentir por la música, hacía en ella de día en día incesantes progresos, Vander Eden, organista de la corte y su primer maestro de piano, se consagró á la educación del joven artista sin estipendio alguno, que no tenía Beethoven, padre, medios para pagar á tan ilustrado profesor.

Fallece en 1782 Vander Eden, y su sucesor Naefe, hombre de talento, se encargó de la educación musical del niño, tanto por cariño como por haberlo dispuesto así el elector Maximiliano de Austria, á quien había sorprendido la precocidad musical de Beethoven, pues todo el mundo veía en el niño Luís otro Mozart.

Naefe comprendió en seguida las disposiciones naturales de su alumno, y sin más dilaciones puso en sus manos las obras de Bach y Haendel por quienes sintió Beethoven, desde estos días á los de su muerte, una especie de santa admiración. A los doce años Beethoven era casi un pianista. Las obras de Juan Sebastián Bach las ejecutaba con un movimiento tan rápido, con una fuga como hasta entonces no se había oído.

Compositor lo fué Beethoven desde esta edad, y cuando aún no había estudiado la composición musical, pero su genio y su inventiva era tan poderosa

que suplía dicho desconocimiento con tales cualidades y con su instinto.

Llegaba ya el momento de que Beethoven saliera de su ciudad y del círculo de su provincia, y como era un fanático admirador de Mozart, su primera excursión fué á Viena para conocer al grande hombre para quien le dieron cartas de recomendación. Beethoven se presentó en Viena en el invierno del año 1786 á 1787, es decir, á los diez y siete años.

Mozart recibió al niño Beethoven con su proverbial dulzura, y en vista de lo que en las cartas le decían, le hizo sentar al piano para que ejecutase algo, lo que hizo Beethoven poniéndose á improvisar con tal seguridad y aplomo, que Mozart creyó que el joven Luís no hacía más que tocar una pieza que sabía de memoria, por lo que apenas si le hizo caso. Notólo Beethoven y se picó, pidiéndole entre serio y despechado un tema para improvisar, á lo que accedió Mozart no sin malicia, pues, le dió por tema una fuga cromática con todas las dificultades de resolución imaginables. Adivinó Beethoven la mala broma que le jugaba el gran maestro, y aún cuando su educación musical era incompleta y más sobre todo en tales puntos de la música, hizo tantos esfuerzos y tan grandes cosas para salir airoso, que Mozart sorprendido dijo, por lo bajo, mientras Beethoven tocaba, «escuchad, escuchad á ese joven, que ya oiréis hablar de él.»

De esta excursión á Viena, Beethoven no sacó más que hermosas profecías sobre su porvenir: así tuvo que regresar á su pueblo en donde á poco se resolvió á abandonar la casa de sus padres, porque el padre de Beethoven era un alcohólico de primera. Refugióse Beethoven en casa de la señora Breuning que le acogió como una madre; pero esta pobre señora viuda, no podía darle más que las atenciones solícitas de su maternal cariño, del que á poco quedó huérfano. Este comprendía su situación y su aislamiento, y esto le hizo intentar la prueba de obtener del Elector de Bonn una pensión para ir á Viena á estudiar música al lado de Haydn, lo que consiguió. En 1793, Beethoven estaba al lado de Haydn. Haydn le recibió, pero se ocupó muy poco de su enseñanza, al punto de dejarle hacer lo que quería, corrigiéndole sus trabajos con el mayor descuido. Háse dado de esto por explicación el estar sumamente atareado Haydn aquellos días; nosotros creemos que Beethoven hubo de ser desde luego antipático á Haydn, por la rudeza del carácter de éste, su falta de instrucción y de educación literaria y social, y por la naturaleza especial de su talento en todo opuesto al de Beethoven, pues mientras en éste

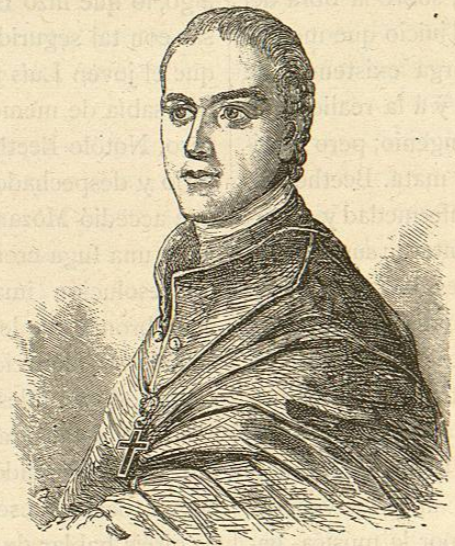
todo era gravedad y sencillez, en Haydn todo eran movimientos desordenados y energías salvajes.

Un día al salir de casa de Haydn se encontró con Schenk, músico de talento que le conocía y quiso ver lo que componía, se lo enseñó Beethoven, y Schenk le observó varias faltas, quedándose estático Beethoven, pues aquellas páginas Haydn las había corregido; rogó á Schenk pasase la vista por el resto del cuaderno y este le notó innumerables faltas que convencieron á uno y otro de que Haydn no se ocupaba poco ni mucho de su discípulo. Quiso entonces Beethoven romper de una manera ruidosa

con Haydn y no se hubiera evitado el escándalo, á no partir á poco Haydn para Inglaterra.

Del estudio de Haydn, pasó Beethoven al de Albrechtsberger, un escolástico de la música en todo el rigor de la palabra, de modo que nada tan curioso como ver á un joven de veintidos años lleno de fuego é inspiración, sujetándose á las reglas de una composición estrecha y mezquina á las que faltaba conscientemente á cada paso, y las que había de abrogar en gran parte al marchar solo por las altas regiones del arte.

La protección de su elector, había sido causa de



DR. BOYLE

que encontrara en Viena protectores no menos inteligentes. Fué la condesa de Thun, entonces casada con el príncipe Lichnowsky, gran admirador de Mozart, que había dirigido sus estudios, quienes se encargaron de que no le faltase á Beethoven lo indispensable, entrando á su servicio con la pensión de seiscientos florines, pensión considerable por su tiempo.

Beethoven gozaba de tan alta protección, y era tan bien remunerado, porque pasaba por ser el primer pianista de Viena, y en efecto, nadie le disputaba este puesto. Pero hé aquí que un día se presenta en Viena Woelfi, y desde este momento, el hijo de Bonn es discutido de una manera apasionadísima, pues se forman dos bandos cuyos jefes respectivos eran el príncipe Lichnowsky y el barón Raimundo de Wezslar. Si Woelfi podía competir por lo que tocaba al mecanismo, y áun los más inteligentes contemporáneos convienen en que en este punto era imposible decidir entre los dos, Beethoven se llevaba á su rival de corrido en la im-

provisación, dejando á éste á una distancia inmensa. En este punto, nadie podía acercarse al coloso de la música. Woelfi, tuvo que abandonar el campo á Beethoven.

A Woelfi, sucedió Steibelt, con quien se midió en los salones del conde de Frias,—1800,—poniéndole también en vergonzosa fuga, hasta el punto de que Steibelt no aceptaba invitación alguna, sin que antes no se le asegurase que no estaría Beethoven presente.

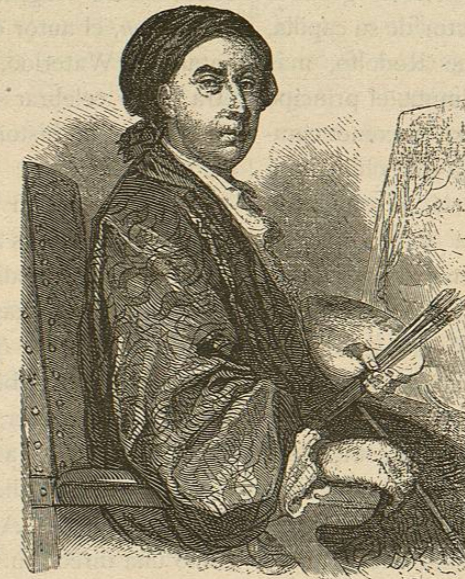
Beethoven, á quien desde 1798 había atacado la enfermedad incurable de su oído, había contraído con este motivo una inclinación irresistible al retiro y á la soledad, de la que no le arrancaban más que sus compromisos con el príncipe, de modo que cuando con la guerra entre Francia y el imperio de 1801, vino á quedarse Beethoven sin el apoyo ni la pensión del príncipe, su situación se hizo tan apurada y desesperada que sus amigos tuvieron no poco que hacer para impedir una catástrofe.

Salieri grande amigo y admirador de Beethoven

que ejecutaba todas sus obras con *amore*, fué quien acabó de completar la instrucción musical del gran artista, cuyas obras se ejecutaban en todas partes con éxito. Este y otros le decidieron al fin á que escribiese para el teatro y entonces compuso su *Leonora* ó su *Fidelio*, que con entrambos nombres se conoce esta ópera, lo que ha dado ocasión á disparates muy chocantes por los que hablan de ófidas de las cosas de los grandes maestros de la música moderna.

*Fidelio* ó *Leonora* obtuvo en 1805, cuando se estrenó, escaso éxito. Su sinfonía, un modelo que hoy se ejecuta con aplauso y admiración en todos

los países de Europa, pasó desapercibida. El resto de la ópera en la que hay páginas admirables, en particular en el tercer acto, tampoco causó sensación, y cuando al año siguiente se volvió á ejecutar con nuevos retoques y con la actual sinfonía, sucedió lo mismo. Pudo influir ciertamente en el éxito la mediana ejecución que obtuvo una y otra vez, y las angustias patrióticas, pues el teatro de la guerra se iba acercando insensiblemente á Viena; pero lo cierto es que *Leonora* es una obra flaca que no puede sostener la comparación con ninguna de las obras de Mozart, que entonces, por ser muerto, eran más gustadas de lo que lo fueron en vida de su



RICARDO WILSON

autor. Sin embargo, *Leonora* se oye hoy con gusto ya que no con entusiasmo.

Nuevos ensayos dramáticos hizo Beethoven obligado por compromisos ineludibles, pero siempre con éxito negativo.

Beethoven, aunque buen patriota y alemán, no pudo sustraerse á la mágica influencia de las grandes victorias de los ejércitos republicanos de Francia, y sentía por su jefe verdadera admiración. Así concibió una gran obra sinfónica, destinada á inmortalizarle, en la que se proponía enaltecer el genio guerrero del hombre que guiaba aquellos ejércitos y que á la imaginación de Beethoven se revelaba como un antiguo republicano de Roma. Principió pues á trabajar esa sinfonía, la *heróica*, en 1804, que quería intitular *Bonaparte*, lo que demuestra la independencia del compositor, pues se atrevía á enaltecer al hombre que tan grandes humillaciones había hecho sufrir á su patria. Verdad es que por

entonces esta idea de patria dormía en el corazón de los alemanes, y que Beethoven no tenía por que estar agradecido al emperador de Alemania, y menos aún al rey de Austria que no se dignó nunca concederle su protección, pero siempre causa extrañeza tal conducta en un hombre en quien no podía hacer ilusión la conducta de Napoleon, en vista de la que seguía en el mismo Rhin, pues ya por este tiempo, Beethoven era por su nacimiento ciudadano francés.

En fin, la sinfonía tocaba á su término, cuando un amigo entra un día en su cuarto y le dice, que Napoleon acaba de nombrarse emperador. Beethoven quedóse estupefacto y guardó durante largo tiempo silencio, hasta tanto que recobrado su ánimo, dijo: «¡Bah! ¡Un ambicioso como todos los demás!» Cogió su partitura en donde estaba escrito el nombre de Bonaparte y rasgó su primera hoja que lo contenía, escribiendo en la que ahora queda